

¡Carulla!

No crean ustedes que es una interjeccion: es el apellido del casi célebre profanador de la Santa Biblia.

Y digo profanador, porque una verdadera profanacion es el haberse metido á traducirla en verso.

Pero nada; el intrépido Carulla (don José María) se ha empeñado en poner en liras toda la Sagrada Escritura, y es de ver con qué frescura vence las dificultades.

No se apura por nada.

¿Tiene que decir que Jacob estaba en la Mesopotamia? pues dice que estaba *sin infamia*. ¿Tiene que decir que el patriarca viajaba solo? Pues dice que *iba sin dolo*; y así por este estilo.

Verán ustedes:

«Muerta Sara en Cetura
A Zamram y á Jecsan el viudo tuvo:
A Madam, *de alma pura...*»

Es claro, para concertar con Cetura, tenía que tener Madam el alma *pura*. Aunque lo mismo la pudo haber tenido *dura* ú *oscura*, si á don José María se le hubiera ocurrido.

Concluyamos la estrofa:

«Muerta Sara en Cetura
A Zamram y á Jecsan el viudo *tuvo*;
A Madam de alma pura,
Y á Madian luego *obtuvo*;
A Sué y Jesboc *tambien*, en fin, *mantuvo*.»

Aquí tienen ustedes un modo sencillo y fácil de hacer liras.

Se habla de Abram y se dice que *tuvo* hijos... Pues bueno; con decir que unos los *tuvo*, otros los *obtuvo* y otros los *mantuvo*, se sale del paso.

Verdad es que á los que *tuvo* y *obtuvo* *tambien* los mantendría; pero no le hagan ustedes esta objecion á Carulla, porque es capaz de decir que no, que los echó al *hospicio*, haciéndoles en ello un *beneficio*, por apartarlos del *precipicio*.

Y sigue el hombre tan campante:

«Jecsan engendró á Saba
Y á Dandan. Este *tuvo felizmente*
A Assurin, que *admiraba*...»

Naturalmente. ¿No había de *admirar*? Teniendo que concertar con Saba, sí, señor,

admiraba... Y admira la frescura de don José. Que sigue:

«A Assurin, que admiraba
Y á Latusin *ferviente*,
Consiguiendo á Loomin *últimamente*.»

¡Últimamente, felizmente!... Por eso Latusin tuvo que ser *ferviente*...

Siga usted:

«Dióle á Madam su *bella*,
A Efa y Ofer y Enoc y Elda y Abida...»

¡Hombre! ¿Y por qué había de ser bella precisamente la mujer de Madam? ¿La conoció usted?

«Dióle á Madam su *bella*,
A Efa y Ofer y Enoc y Elda y Abida:
Todos vienen de aquélla.»

Pues naturalmente, hombre; si era madre de todos, todos tienen que venir de ella. ¿Parte usted algo con Pero Grullo, señor don José?

Otra:

«Agregó donaciones
De sus demas mujeres á los hijos,
Que estimaron sus dones
Y cuidados prolijos
Exitó en el Oriente al *verlos fijos*.»

¡Cualquiera lo entiende!

Otra que tal:

«Los días de su vida
Fueron ciento setenta y cinco años;
Y con gloria *obtenida*,
Sin pérfidos amaños,
Murió, *no conociendo desengaños.*»

Ya, ya lo suponíamos. Desde que leímos lo de los años, esperábamos que la gloria había de ser *sin pérfidos amaños* y *no conociendo desengaños*.

Conocemos el género.
Después cuenta Carulla que

«Sus hijos le enterraron
En dicha cueva, grande *ponderada*,
Que antes le *enajenaron*
Para Sara *admirada*...»

Sí, admirada: habiendo sido la cueva *ponderada*, Sara tenía que ser *admirada*.

Y todavía añade Carulla entre paréntesis para completar la estrofa pendiente y empezar otra nueva:

«(En el campo de Efron está *instalada*),
Hijo del buen Heteo,
(Enfrente de Mambré) los hijos nobles
De Het, por su gran deseo,
Y en los sepulcros dobles
Los restos de los dos están inmóviles.

¿Lo entienden ustedes?

En primer lugar, la *instalada* en el campo de Efron parece que es Sara la *admirada*, y sin embargo es la cueva *ponderada*.

Y luego aquellos hijos nobles que entran por la mitad del segundo verso de la segunda estrofa sin decir buenos días, no se sabe á qué vienen; hasta que después de pensarlo un rato se llega á sospechar que pueden venir á cargar con la responsabilidad de la enajenación mencionada en el tercer verso de la estrofa de más arriba.

Pero como buena, ésta que sigue:

«Estos son los linajes
Que el hijo de Agar tuvo, *ó descendientes*;
En diversos parajes
Con dichas evidentes
A los hijos le dió el Señor *siguientes.*»

¿Sí, eh? ¿Quién es el señor *Siguientes*?...

¡Vaya con Carulla y qué barullos arma!
Y continúa:

«Doce preclaros hombres
Con gozo *exuberante* le nacieron...»

¿Con gozo de quién? No sería de los hijos, que nacerían llorando como nacen todos...

«Como Adbeel valiente;
Detras Mabsam y Masma y Duma y Masa,
Y Tema el *ferviante.*»

(¿Otro serviente?)

«Hadar *que honró su casa,*
Jetur, Nafis y Cedma, *fiel sin tasa.»*

Todo para concertar con Masa...
Despues la emprende con Isac y dice:

«Son pues los hijos éstos
Logrados por Isac el patriarca,
Rozagantes y apuestos...»

Sí; rozagantes y *apuestos*, para concertar
con éstos. Verán ustedes con qué facilidad
busca consonantes á *patriarca*:

«Rozagantes y apuestos
Y la historia, *no parca,*
Aquí sus hechos y sus nombres *marca.»*

¡Vamos! ¿Ven ustedes? Con hablar de la historia
y decir que no *es parca*, salió del paso.
Lo mismo pudo haber dicho que no era *terca*...
De la historia pudo haberlo dicho, aunque de sí mismo no; porque, como terco, es muy terco. Por eso continúa así:

«A los años cuarenta
A Rebeca tomó de Batuel hija,
Que ciertamente afrenta...»

¡Yo lo creo que afrenta á la poesía y al sentido comun el que usted disparate así!
¡A Rebeca tomó!

Es claro: como «por esposa» no le cupo en el verso, no lo dijo.

«Que ciertamenre afrenta
Causábale prolija,
Por prole no obtener *que regocija.»*

Y sigue arreciando el temporal:

«Al Dios Omnipotente
Suplicó, por estéril ser su esposa,
Y el Señor fué clemente...»

Y lo sigue siendo, cuando permite que siga usted poniendo en ridículo el texto sagrado.

Porque aquí lo que parece es que Rebeca pidió por estéril al Dios Omnipotente ser su esposa; y luego se llega á adivinar que el que suplicó fué Isac, aunque no se sabe lo que suplicó.

Despues dice:

«Jacob fué el nombre de *éste,*
Tenía el padre ya sesenta años
(*¡Le va á hacer arcipreste!*)
Al lograr del *celeste,*
Que preserva de daños,
Dos hijos *con sucesos tan extraños.»*

¡Así! Para que rabie Cánovas que quiere ser en todo más que todos.

Pero á fé mía, que una estrofa como ésta no la tiene él, aunque las tiene malísimas.

¿Y qué dicen ustedes de ésta?:

«Diestro se hizo en la caza
El primero, y cuidaba las haciendas...»

Ya verán ustedes cómo resulta que también evitaba las contiendas, ó salía á tiendas, ó á algo así.

«Diestro se hizo en la caza
El primero, y cuidaba las haciendas
Con excelente traza:
Vivió Jacob en tiendas
Y evitaba sencillo las contiendas.»

Bueno. ¿Lo ven ustedes? No era Esaú el que evitaba las contiendas; pero era Jacob, y allá viene á salir la cuenta... ó el consonante.

Iba á concluir; pero todavía merece conocerse cómo cuenta Carulla lo de las lentejas.

«Coció este preferido
Un potaje, y habiendo luego hablado
El hermano, rendido,
Le dijo con agrado:
«El manjar rojo dame que has guisado.»

De modo que despues de haber hablado, fué cuando le dijo; y cuando habló no dijo nada. Bueno. Adelante.

«El manjar rojo dame que has guisado,
Y no vaciles, hombre...»

Así, con llaneza.

«Y no vaciles, hombre,
¿No ves mi gran fatiga?» Esta aventura
Le dió de Edom el nombre,
«Tu primogenitura
Enajena», repuso con presura.
«En el lazo cayendo
¿De qué me servirá? dijo el hermano.
¿No ves que estoy muriendo?»
«Pues júralo, no en vano...»

¡Hombre! Naturalmente. De jurarlo, había de ser *no en vano*, porque si era en vano, ¿de qué le servía?

«Pues júralo no en vano»,
Replicóle, y juró la venta *insano*.
«El pan y las lentejas
Tomando, las comió: habiendo comido
Y bebido *sin quejas...*»
(Se cortó las orejas
Y las metió en el bolso del vestido.)

Esto último no lo dice Carulla; pero lo podía decir.

Cosas dice más fuera de propósito.

Y eso que este capítulo es uno de los que menos mal le salieron. Los tiene mucho más echados á perder, sin comparacion alguna.

Pero la especialidad de Carulla, como la de Cánovas, es el soneto.

A cualquier cosa hace un soneto Carulla.
Como que acaba de hacer uno á Ramoncito
Nocedal, que es ya lo último á que se pueden
hacer versos.

Verdad es que el soneto, como malo, es ma-
lo de verdad: mas para Ramoncito... así y to-
do, me parece un derroche.

Verán ustedes:

«SONETO

»Por el monarca herido, así dijiste:
A que mi rebelion vaya en progreso:
Con mil...»

(¿De á caballo?)

«Con mil de Zaragoza iré al Congreso.»
Y engañar á prelados conseguiste.
Como el Omnipotente los asiste...»

¡Hombre!

¿Con que asistidos por el Omnipotente y to-
do, consiguió engañarlos?

Pues si no los llega á asistir...

«Como el Omnipotente los asiste
Les hizo conocer *el torpe exceso*
¡Eso!

Y el honor de la Iglesia quedó ileso,
No obstante los escándalos que diste.

¡Iste!

De tus *tramas* los *éxitos* he visto...»

¿Tramas? ¿Si serán «*las tramas de Carulla*»?

«De tus tramas los éxitos he visto,
Y, lejos de ceder, de engañar tratas
Al vicario del Sumo Jesucristo.»

¡Atíza!... Y sigue:

«Contra santos obispos te desatas,
Mas no *engatusa* al Papa ni el más listo...»

No, como tampoco engatusas tú á la inspi-
ración poética con todas tus carullerías. A lo
sumo engatusarás á los lectores de *La Civiliza-
cion*, que deben de ser los mortales más ben-
ditos que hay en la tierra.

Para tragarse todo eso...

Lo que no me explico yo es, cómo Carulla
no está ya en la Academia.

¡Si escribe tan mal como cualquier Cheste
ó cualquier Comeleran de aquéllos!

A no ser que sea por haber escrito un sone-
to contra Cánovas...

Que eso sí, le ha escrito, y le ha dirigido
nada menos que á doña Cristina.

Vean ustedes la dedicatoria:

«A la *excelente* señora que hoy ocupa el trono de
San Fernando.»

Lo que son las cosas.

Si se hubiera dirigido Carulla á una simple

marquesa de esas nuevas, que ni son marquesas ni son nada, la hubiera llamado por lo menos *excelentísima* señora, y dirigiéndose á la Archiduquesa Regente del Reino, no la llama más que excelente.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! don José,
¡Qué cosas hace usted!

Después de la tal dedicatoria, viene el título del soneto, que es éste:

«UN CONSEJO LEAL CONTRA UN CONSEJO RUIN»

Así, sin lisonjas.

Y después:

«SONETO

»Porque la secta atroz que, en el misterio,
Con todo vicio infando se inficiona,
Ha roto en el Brasil una corona...»
(Armando de repente el gran tiberio...)

No; éste no es el cuarto verso de Carulla.
¡Qué ha de ser! En su vida hizo Carulla un verso como éste.

El de Carulla dice:

«Abatiendo, *satánico*, el imperio.»

Por cierto que este *satánico* me parece que ha de ser *satánica*, para concertar con *secta*. Pero este Carulla, en cuanto le sale el chorro de la inspiración, ya no distingue los géneros.

Y sigue el soneto:

«Porque la secta, etc.,
Un hombre que merece vituperio...»

(Este es Cánovas.)

«El cual jamás olvida ni perdona,
Dice, pensando sólo en su persona...»

(¿Lo ven ustedes como es Cánovas?)

Debes, Reina, mudar de Ministerio.»

Pero hombre, ó Carulla, ¿estás seguro de que la dijo así? Crees que don Antonio habla así, de tú, á la Regente? ¡Cá, hombre!

En fin, ello es que eso dice Carulla que dijo Cánovas á doña Cristina, al hundirse el imperio del Brasil.

Y ese es el consejo ruin que dice Carulla. Vamos á ver el contra-consejo, ó sea el consejo leal:

«Yo (es decir Carulla),
Yo, desde mi rincón, noble Regente,
Te digo deplorando tus dolores:
No atiendas, no, al político *impudente*...»

(¿Y qué más?)

«Haz más fácil la unión de los mejores...»

Bueno. Pára un poco, Pepe.

Ahí donde dices *más fácil*, has querido decir más antes, ¿no es verdad?

Sigue:

«Haz *más fácil* la union de los mejores...»

Sí; pero ¿quiénes son los mejores, *á tu corto conocimiento?* ¿Los mestizos y los fusionistas?

Porque no veo qué otra clase de union pueda hacer la Regente.

«Haz *más fácil* la union de los mejores,
No pudiendo vencer ya á la serpiente
Emplastos cien, ni mil conservadores.»

Este es el consejo leal ó carullal, si se quiere.

Lo que no se sabe es si dice que no pueden vencer á la serpiente cien emplastos de los que Fabié hacía en otro tiempo, ni mil conservadores de los que ahora están colocados, ó si habla de emplastos conservadores de los que ni cien ni mil pueden vencer á la serpiente.

Y tampoco dice si la serpiente es el general Martínez campos.

Pero de todos modos, ¿cómo no habrá entrado todavía Carulla en la Academia?

XXI

Nunca dudé que el recibimiento del pueblo de Madrid á la Archiduquesa, al salir á misa, había de ser frío.

Pero nunca creí tampoco que la frialdad majestuosa con que el pueblo de Madrid había de ver, y ha visto efectivamente, pasar á la viuda de don Alfonso en direccion á Atocha, fuera interrumpida por algunos rasgos de insolencia punto menos que salvaje.

Y sin embargo... llovía.

Puede decirse que llovía, parodiando al novelista ramplon, porque aquello fué una verdadera lluvia de proyectiles.

La pobre viuda... porque se puede inspirar compasion áun teniendo muchos millones y ocupando un puesto elevadísimo, la pobre viuda tan digna de consideracion y de respeto por su sexo y por su viudez, puede decirse que fué apedreada.

Si no con piedras, con *cantos*, que viene á ser lo mismo.

O dígase sin ningún género de metáfora, con majaderías, impresas en papeles de varios colores.

El atentado, me acuerdo como si fuera ahora, se cometió en la calle más concurrida y más elegante de Madrid, en la Carrera de San Jerónimo. La pedrea partió del Círculo liberal-conservador llamado ortodoxo, y se cree fundadísimo que fué dirigida por don Antonio Cánovas.

Los conservadores liberales, conste que los conservadores liberales han sido los únicos que se han atrevido á turbar el silencio en que caminaba hacia Atocha la viuda de don Alfonso, con el póstumo é inocente niño, á quien despertaron y asustaron con su impertinente salida.

Conste, que solamente á los liberales conservadores se les ocurrió tirar versos al niño, y á la madre, y á la nodriza, por supuesto.

Versos y palomas.

Las cuales, al verse en libertad, sumamente asustadas como estaban de haber visto á Cánovas, ó de lo malos que eran los versos, en lugar de marcharse volando á ganar su vida, daban de cabeza contra las vidrieras y contra los hierros de los balcones y contra todas partes, dejándose coger del primero que lo intentaba.

¡Pobres palomas! Casi tan atontadas como don Antonio y demas palominos dinásticos en la última decena de Noviembre del 85.

¿Pero qué hace la Sociedad de animales protectora?, decía yo al tener en la mano, diez minutos despues, una de aquellas pobres palomas medio desplumada por un niño; ¿qué hace la Sociedad protectora de animales que no protege á todos estos animalitos contra las agresiones conservadoras?

¡Y si vieran ustedes con qué violencia la palpitaba el corazón y qué agitada estaba!

—«Bueno que la coman á una—parecía decirme,—bueno que la coman á una esos modernos sibaritas, que en su juventud no comieron más que judías pedagógicas y alguna otra lenteja; pero eso de hacerla á una pasar antes el susto de ver á Frontaura y á Cánovas y el disgusto de volar en compañía de unos versos tan infelices...»

Y tenía razon la paloma, porque lo que es los versos eran malos todos.

Para comprender hasta qué punto, no hay más que empezar á leer unos que estaban impresos en papel amarillo:

«¡Viva el Rey! que no murió...»

¡Ah! ¿Con que no murió, eh? Pregúnteselo usted á Camison y áun á don Antonio.

«¡Viva el Rey! Que no murió
Don Alfonso el *bien amado!*
El Rey ha resucitado...»

¡Qué barbaridad!

Resucitará en la resurrección del último día, cuando resucitemos todos; pero antes, ¿quién le ha dicho al amado Teótimo que ha resucitado ni que resucite?

Y digo al amado Teótimo, porque estos amarillos versos, que con tantos disparates empiezan, llevan al pie las iniciales C. F. S., que claramente indican al joven cantor de la Mendoza y de Gerona como autor de este crimen literario.

Continuemos:

«El Rey ha resucitado;
Vida suya nos dejó...»

¿Qué nos había de dejar vida suya?...

Lo que *nos dejó* tué lo que había cuando vino, un país empobrecido y casi muerto entre las uñas de los liberales.

Siga usted:

«Vida suya *nos* dejó!
Gran herencia *nos* legó,
Gran empeño *nos* alcanza...»

Nos dejó, nos legó, nos alcanza... Qué variado y qué poético es todo esto...

«Gran empeño nos alcanza
Hoy que por *el* *lontananza*
De la nación española...»

¿Y qué es eso de *el lontananza*?

Nada; una bobería.

Una bobería como otras muchas que, naturalmente, se han de seguir del empeño de meterse á poeta sin las facultades ni dotes necesarias.

Y del empeño de querer poetizar cosas de suyo tan prosáicas como la economía doméstica ó la tuberculosis.

La décima de Teótimo concluye así:

«Hoy que por *el lontananza*
De la nación española
La nueva luz *se arrebola*
Del color de la esperanza...»

«*Se arrebola del color de la esperanza...*»

Que es como si dijéramos: *se enrojece de verde...*

Nada; que estos niños dinásticos ni siquiera distinguen de colores.

Van tras de un destinillo de cinco mil reales, y no saben ni necesitan saber lo que es arrebol, ni de qué color es la esperanza, ni dónde tienen su mano derecha.

La segunda décima dice:

«¿Quién su estímulo no siente?...»

No se sabe de quién es el estímulo; pero debe de ser del hambre, por el contexto.

Y porque sólo el hambre creo yo que tenga poder para obligar á un jóven á escribir esos versos y á hacer esos papeles... de colores:

«¿Quién su estímulo no siente
Si al par nos dominan tanto
La madre que oculta el llanto,
La sabia Reina prudente?...»

La sabia... bueno: que pase. Pero ¿de quién es el estímulo?

Y sigue:

«Como rayo refulgente
Que se parte sobre el mar,
De pensamiento ejemplar,
Se multiplica al lucir...»
*No se puede concebir
Más necio disparatar.*

No concluye así la décima de Teótimo; pero concluye con otros dos versos que nada tienen que ver con los ocho anteriores, pues dicen:

«Después de tanto sufrir,
¿Quién no la tiene que amar?»

Y, pasando por lo impropio de la frase última, después de hablarnos del rayo refulgente que se parte, precisamente sobre el mar, y

del pensamiento que se multiplica, y que es ejemplar, etc., etc., ¿quién tenía que pensar que había de salirnos el poeta con eso del amor y del sufrimiento de la Archiduquesa?

La tercera décima es algo peor que las dos anteriores.

Y se me olvidaba decir, que el encabezamiento del papel amarillo es de esta manera:

«*El Círculo liberal conservador á S. M. la Reina Regente.*»

Otro proyectil, era de papel encarnado y decía:

«*El Círculo liberal conservador á S. M. la Reina Regente, en el día que salió por primera vez para visitar á Nuestra Señora de Atocha, después del nacimiento de S. M. el Rey don Alfonso XIII.*»

Ya se ve que si esta composición hubiera de corresponder en extensión al título, tenía que llegar de aquí á la Coruña cuando menos.

¿Le habrá quedado algo al autor que decir? Pues lo siguiente:

«Dios no olvida jamás al desdichado.»

Es verdad; por más que el desdichado autor de los versos parezca un argumento en contra.

Porque olvidado de Dios y dejado de su mano, es preciso estar para escribir versos de esa índole.

Y de ésta:

«En un día fatal de horrores lleno
El destino vertió con ceño airado
La copa del dolor en nuestro seno.»

Por lo visto, los conservadores tienen para todos un solo seno; será el Círculo cuando no mandan, y cuando mandan el palacio de la Presidencia.

Continúa:

«Todo, Señora, pereció aquel día
(*Todo menos la falsa poesía*)
Al grave extremo de su fin llegado.
(*¡Caracoles, qué rasgo más... rasgado!*)
Mas hoy por vos renace la alegría...
(*Cuéntaselo á tu abuela ó á tu tía*)
¡Dios no olvida jamás al desdichado!
(*Como que en eso habíamos quedado.*)

Y concluye... gracias á Dios, que concluye

«Seguid vuestra carrera venturosa,
 ¡Osa!
Que hoy España frenética os aclama,
 ¡Ama!
Como madre tal vez la más dichosa,
Como Reina Regente y como dama...»
(*Y á tí como poeta de camama.*)

Conste, sin embargo, que este Rubí de poco precio, pues el autor de estos versos es un Rubí, aunque no se sabe si es el padre ó el hijo; cons-

te que por confesion de este Tomás conservador, para hacer ciertas aclamaciones necesita España estar frenética.

Y conste que, segun este mismo Tomás, la Regente puede ser aclamada como madre tal vez.

¿No les parece á ustedes que la sobra razón á la paloma para quejarse de la inhumanidad de los conservadores?

Pues todavía cayeron otros versitos de Frontaura que ¡ya... ya!...

Véase la clase:

«Enjuga ya ¡oh Reina! el llanto
De tu *inacabable* duelo...
Hoy es día de consuelo...»
(*Y de no fastidiar tanto.*)

Aquí se pára el poeta, y despues dice:

«Alfonso el que te amó tanto...»

Y cuanto.

La segunda décima de Frontaura, pues parece que por odio á Vicente Espinel ó por alguna otra pasioncilla así, todos los chapucérisimos vates conservadores eligieron la décima; la segunda décima de Frontaura, empieza de este modo:

«Cumple tu mision serena...»

No poner motes á las señoras, ¿eh? que luego se suelen quedar con ellos.

Más abajo dice naturalmente, vamos, con la misma naturalidad con que dijo arriba aquello de la mision *serena*, dice:

«Da tregua, *pues*, á la *pena*
Que tu corazón padece...»

Aquí corta otra vez el hilo, pone puntos suspensivos, y despues salta:

«El pueblo su amor te ofrece
Y en tí leal reconoce
La esposa de Alfonso *doce*,
La madre de Alfonso *trece*.»

Bonito y difícil. Difícil sobre todo.

Todavía queda otra décima, porque Frontaura escribió tres: una para la madre, otra para el niño, y la otra para su *alter ego* en hermosura don Antonio.

Pero la última décima no hace falta copiarla.

Con decir que se parece al autor...

XXII

¿Se acuerdan ustedes de aquel Suñer y Capdevila, que blasfemaba en las Constituyentes del año 69, diciendo que tenía declarada la guerra á los reyes, á la tísis y á Dios?...

Pues últimamente, tambien ha declarado la guerra á la poesía.

Pero así, como él hace las cosas; con una crudeza salvaje.

¡Pobre Suñer!

Se proponía llamar mucho la atención y encaramarse á la celebridad, y á los dos ó tres años ya nadie se acordaba de que había existido.

Y eso que, además de aquellas blasfemias verbales, escribió otras muchas en un folleto deslavazado, que con el título de *Dios* pregonaban los granujas de Madrid, gritando: ¡*Dios por Suñer y Capdevila!*

Y además, se metió poco despues á jefe de partida en el primer levantamiento republicano, saliendo tan maltrecho y tan escarmenta-

do del trance, que decía luego perrerías contra los suyos, afirmando que tenían «mucho de la ferocidad del hombre primitivo».

Como si el hombre de los primeros tiempos no hubiera sido mil veces mejor que el hombre novísimo, descristianizado y embrutecido por la revolución.

Pero, en fin, verán ustedes cómo hace la guerra y cómo arremete contra la poesía el señor Suñer:

«Quiero cantar en *arrogante verso...*»

¡Presumido! No se contenta con menos que con que el verso sea arrogante. Bueno. Que siga.

«Quiero cantar en arrogante verso,
Aunque sea mi voz áspera y ruda,
(*que si lo es, por lo que se descubre*),
La ley por que se rige el Universo.»

¡Pero, hombre! ¿No habíamos quedado en que no había leyes?

Siga usted:

«Para atreverme á tanto...»

¡Verdaderamente que se atreve usted á mucho! ¡Vamos que atreverse á escribir en verso sin saber gramática!... Adelante.

«Para atreverme á tanto, *á mí me escuda...*»

Sí, ya se comprende, la ignorancia; porque no hay cosa más atrevida.

Y luego, *á mí me escuda*; para que se vea que es á usted mismo. No fuera que si decía usted sencillamente *me escuda*, hubiera quien entendiera que el escudado era, verbigracia, Raimundo Villaverde. No señor: *á mí me escuda, á mí*. Así se dice.

«Para atreverme á tanto, *á mí me escuda*
Que siempre declaró mi pensamiento,
Exento de temor, libre de duda.»

¡Claro! Por lo que decíamos antes. Para no temer ni dudar en nada, no hay mejor que ignorarlo todo.

Continúe usted:

«Yo me he burlado en pleno parlamento,
Audaz ante la España cortesana,
Del Antiguo y del Nuevo Testamento.»
(*Y todo fué porque te dió la gana.*
¿No es verdad, ateote descarado?
¿Quién le prohíbe á un lobo armar jarana?)

La verdad es que no había motivo ninguno para que Suñer no se atreviera á burlarse del Nuevo Testamento y del Antiguo en las Cortes Constituyentes.

Porque en realidad, el Congreso era suyo. ¿No lo había de ser, cuando, según dice un

refran, de los que no tienen... cierta cosa es toda la calle?

Dejémosle que siga:

«Y pues en la Asamblea soberana
Me arrojé denodado á la muralla
Débil amparo de la fé cristiana...»

¡Así es! *Débil* amparo, muy *débil*; pero contra el que se han estrellado todos los que han querido combatirla.

Y eso que algunos lo han hecho con talento y con habilidad, y no con arremetidas así cerriles, como las de Suñer.

Que sigue:

«Solo y de noche, cuando todo calla
Menos el *ronco* mar, que bate airado...»

¿Y qué bate? ¿Huevos?...

«Menos el *ronco* mar, que bate airado,
Bien *puedo* proseguir en la batalla.»

Poder... si puedes; como pueden andar y hasta morder los perros rabiosos. Porque ¿quién pone puertas al campo?

Pero mejor sería que lo dejaras, porque lo haces muy mal.

Mejor sería que lo dejaras, y entrando siquiera una vez en razon, te convencieras de

que no se hizo la miel, y quien dice la miel dice la poesía, para la boca del... ateo.

Se les figura á algunos que traducir versos es la cosa más fácil del mundo.

Pero están en un error muy grande.

Y si no que se lo pregunten al pobre... y al rico, porque se puede ser al mismo tiempo rico y pobre; que se lo pregunten al pobre don Antonio Cánovas, que estuvo muchísimos años en el mismo error, creyendo de buena fé que había traducido la *Rondinella* de Grossi, hasta que yo le convencí de que aquello no era traduccion ni cosa que lo valiera.

Pues en el mismo error supongo yo que estará un señor Lasso, con dos eses, que tradujo hace tiempo, ó creyó traducir, una composicion de Rueckert, titulada *Las flores y el riachuelo*.

Y nada. Tampoco lo que hizo es traduccion ni cosa parecida.

Como que la primera redondilla dice:

«—¿Por qué de nosotras huyes,
Las flores de la ribera,
Llamaban, de esa manera,
¡Oh! riachuelo encantador?»

¿Lo entienden ustedes?...

En primer lugar no podrán ustedes creer que las flores, en la poesía original, *llamaran* de esa manera, ni de ninguna otra. Ni yo lo creo tampoco. Lo probable es que *clamaran* ó *exclamaran*, pero lo que es *llamar*...

Y en segundo lugar, de seguro no entienden ustedes para qué sirve el inciso *de esa manera*, ni entienden ustedes si es que las flores *llamaban de esa manera* (que no se sabe de qué manera es), ó si es que las flores dicen al riachuelo que para qué huye de *esa manera*.

La intencion del traductor parece que debió de ser... Pero ¿quién nos mete á nosotros á averiguar intenciones? El que quiera darse á entender que hable claro, como Dios manda.

Y el que no sepa hablar así que se calle, ó por lo menos que no escriba.

Y vamos á la segunda estrofa:

«De tus ondas fugitivas
Detén el curso un instante:
Como una alfombra ondeante,
Cubre el valle bienhechor.»

Aquí, á primera vista, parece que entre las flores y el poeta mandan al riachuelo detener su curso, como la alfombra cubre, etc.; lo cual sería una incongruencia, porque ni detener es cubrir, ni para cubrir es preciso detenerse, etc.

Pero despues se vislumbra otro sentido posible, segun el cual, las flores mandan al riachuelo, primero detenerse, y despues le mandan tambien cubrir el valle como una alfombra ondeante. Lo que hay es que á más de no saberse si *cubre* es indicativo ó es imperativo, tampoco se sabe con claridad si el bienhechor es el valle ó es el riachuelo.

Que no es el traductor es lo único que se sabe.

Otra estrofa, y habla el riachuelo:

«Él mi rápida carrera
Me ha trazado de antemano,
Y á perderme en el lejano
Horizonte corro, *pues*.»

Pues que corra, dirán ustedes; pero ese *pues*.... *pues* nos es más que... *pues* un ripio.

¡Corro, *pues*!

¿Le parecerá al traductor que ese *corro pues* es poesía?

Corramos, *pues*, un velo, ó cualquier cosa.

Me parece que he dicho alguna vez que hasta para escribir un soneto se necesita saber gramática.

Pues ahora digo que hasta para contar un cuento se necesita saber el catecismo.

Y lo digo por Alfredito Escobar, el director de *La Época*, al que las gentes que juegan á los marqueses, como los niños juegan á los soldados, suelen llamar el marques de Valde-Iglesias.

El cual Alfredito, una vez, para fin de una cronica, quiso contar un cuento, y no resultó por ninguna parte la gracia, pero resultó que el muchacho no sabía la doctrina.

De seguro que la mayor parte de los lectores sabe el cuento aquél de los tres locos que estaban en el alar de un tejado diciendo que eran la Santísima Trinidad y que se proponían imitar á las tres divinas personas. Para lo cual el que hacía de *Padre* mandó tirarse de allí en bajo á sus dos compañeros, primero al *Hijo* y despues al *Espíritu Santo*; y cuando algunos creían que se iba á tirar él tambien, dijo que no, que el *Padre* no había bajado á la tierra nunca.

Pues bien, este cuento quiso contar el director de *La Época* al fin de una crónica en que hablaba de que el capitán Mayet había subido en globo y había caído cerca de las Ventas del Espíritu Santo; y como el pobre muchacho no ha tenido tiempo de aprender la doctrina cristiana, le contó al revés, de esta manera:

«Y á propósito de Espíritu Santo y de caídas:
Había tres locos en una azotea.

—Somos la Santísima Trinidad—dijo uno de ellos.

—En efecto—añadió el segundo.

—Tú eres el Padre—siguió el tercero, el más taimado,—tú el Hijo y yo el Espíritu Santo, y debemos hacer lo que las tres Santas Personas.

—En efecto, el Padre descendió—dijo el primer demente, y se tiró de cabeza por el terrado.

—El Hijo descendió tambien—agregó el otro infeliz, siguiendo á su compañero.

Y el tercero, dirigiéndose tranquilamente á la escalera, dijo:

—El Espíritu Santo no descendió.»

¡Así! ¿Qué tal, eh?

Hasta los niños de la escuela saben que, de las tres divinas Personas, el Hijo bajó del cielo encarnarse y hacerse hombre para redimirnos, que el Espíritu Santo bajó tambien al cenáculo á enseñar la verdad é iluminar á los apóstoles; y que el Padre Eterno, que nos ha enviado al Hijo y al Espíritu Santo, no ha bajado.

Pero los modernos ilustradores de la opinion no saben estas cosas que saben los niños de la escuela.

Por cierto que las ignorancias garrafales en los periódicos no son tan raras como fuera de desear, ni con mucho.

¡Qué disparates suelen decir en geografía! Poco hace leí en un periódico de los de mayor circulación una noticia que empezaba:

«En San Sebastian se ahogó en el Oria...»

¡Vamos! que ahogarse en San Sebastian en el Oria...

Viene á ser como ahogarse en Sevilla en el Duero.

Pues en materia de lenguaje...

Uno de los hombres más presumidos que conozco es Luisito Llauder, delgadito y muy perfumado, menudo como Ramoncito Noce-dal, pero aun más pequeño.

Toda la vida ha estado haciendo de periodista, y no sabe escribir en castellano; pero escribe.

Y como ha visto á *El Siglo Futuro* burlarse allá en mejores tiempos de los que ponen *cuyo* donde no se debe poner, él, que no sabe el pobre dónde se debe poner ni dónde no, cae en Escila por huir de Caribdis.

Verán ustedes cómo empieza un artículo titulado *Una utopía*:

«En el presente artículo tócanos estudiar esta

cuestion: ¿á quién puede convenirle el proyecto en *cual* realización se está trabajando, de formar en España una nueva agrupación de fuerzas católicas?»

El proyecto *en cual* realización se está trabajando...

No, hombre; no, Luisito. Ahí se dice en *cuya* realización. No creas que todos los *cuyos* están mal. Por el contrario: ahí el *cuya* estaría muy bien, y en cambio el *en cual* realización que tú pusiste es una barbaridad estúpida.

Hay que estudiar, hombre, hay que estudiar el castellano antes de escribirle.

Y lo mismo le digo á un catedrático krausista del Instituto de Badajoz, que se metió el año pasado á mundo, con motivo de unas tonterías que publicó *El Diario* de aquella ciudad sobre el supuesto descubrimiento de una estatua.

Porque tampoco don Tomás Romero, que así se llama el catedrático, entiende de *cuyos*, á juzgar por el uso que hace de ellos.

Dice don Tomás en una carta á su amigo

Nicolason, publicada en un periódico llamado *La Defensa*:

«Debo también decir á usted que en la actualidad la comision de monumentos tiene su representacion en el cabildo catedral...»

Bueno, esto ya está al reves. Porque lo que don Tomás quiere decir es que el cabildo catedral tiene representacion en la comision de monumentos. Lo otro es un disparate.

Pero no hay que pararse en pequñeces, pues para algo es don Tomás krausista.

Repitamos el párrafo:

«Debo también decir á usted que en la actualidad la comision de monumentos tiene su representacion en el cabildo catedral, *cuyo uno* de sus individuos es correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y vocal de dicha comision.»

¡*Cuyo uno!*

¡*Cuyo uno de sus individuos!*

¡Don Tomás, don Tomás!

Si hubiera usted dicho «uno de cuyos individuos...»

Pero... ¡*Cuyo uno de sus!*...»

Y cuidado que Extremadura es una de las regiones de España en que mejor se habla el castellano.

Pero no hay regla sin excepcion; y de la regla general que hace á los extremeños buenos hablistas es menester, por lo visto, exceptuar á los catedráticos.

¡*Cuyo uno de sus defectos* es no saber gramática!

Tampoco la saben otro catedrático de Madrid que dice: «*Puedo vanagloriarme*», ni algunos periódicos, como *El Correo Español*, que dice: «*Con razon podemos vanagloriarnos...*»; ni *El Imparcial*, que también suele creer y decir que tiene derecho á *vanagloriarse*.

No; no hay nunca derecho ni razon para vanagloriarse, ni para barbarizar diciéndolo.

El que dice en serio: «*puedo vanagloriarme*», viene á decir en plata: «Soy un rocin que no sé la significacion de este verbo, siempre denigrante y pecaminoso, ni sé que hay otro verbo, *gloriarse sin vana*».

(Que es el que debieron haber empleado el catedrático y los periódicos en las locuciones referidas.)